Perro de laboratorio

Santiago Sylvester

el pez plátano

dock

Perro de laboratorio

Santiago Sylvester

el pez plátano

dock

PERRO DE LABORATORIO

(1987)

a Pedro Provencio

encanecido
de huesos, no de espumas
Quevedo

Sumario: Poemas 1 a 26

ibuk
Biblioteca de Poesía

1

Siente piedad por sus testículos al borde de la mesa,
por su cabeza tan dejada de Dios,
por su hambre, porque nunca volverá a comer,
por su perra que ladra en el desierto,
por su memoria atolondrada
que lo hace orinar en los malvones.
Y luego de apiadarse, lo ata,
ausculta, desinfecta,
prepara los detalles: no siente piedad
dos veces por el mismo perro.

2

No tiene ninguna gracia
pasar el día entre probetas
sin ladrar ni maldecir,
sólo moviendo los ojos como si la ventana
pudiera escaparse de su sitio
dejando el mundo a oscuras.

No tiene heroísmo escuchar el ruido de la calle,
el grito de las verduleras, el estrépito
de los aviones que tienen adónde ir
y sobre todo el ladrido de los perros guardianes
que nunca se equivocan.

No tiene belleza el guante de goma
que acaricia el lomo, ausculta
las pulsaciones
y hurga el pulmón
después de separar la piel del hueso.

No tiene gracia, heroísmo o belleza
la mosca que se asienta en la boca,
abre las alas, se frota

como si estuviera alegre,
acierta o se equivoca con la misma soltura,
y se va hacia la calle
que la espera girando sobre muchos ejes.

3

Salta charcos, se esconde en la leñera,
después vigila
o ata cabos detrás de la puerta,
ladra al camino
y busca perra cuando la tierra explota.

Finalmente abre los ojos
y sólo ve la luz en el cuarto asfixiado:
pega la lengua al paladar,
sabe que el ojo es ciego,
la oreja sorda
y la tierra redonda, estúpida e inmortal.

4

Por su cerebro sólo pasan cosas simples:
la mano que lo ata, el bozal
enorme para los ojos próximos,
la pared de azulejos, extensa y pulcra,
los objetos que chocan entre sí
preparados para el reconocimiento.
Ya no aúlla a la luna,
ni lo emociona la memoria,
ni se distrae la boca
que no puede comer ni ladrar.

Exhausto de experiencia,
mira, toca superficies,
ya no escarba ni increpa.
El mundo es plano,
una propensión por lo concreto.

5

El aire lo rodea atentamente.
La luz que lo ciega desde el techo
como la visión sagrada,
lo ilumina atentamente.
El frasco de sangre lo reconforta atentamente.
La bandeja de pinzas, abierta
como un abanico del infierno,
está a su lado atentamente.
La mesa lo sostiene atentamente,
y también las correas que lo ciñen
le impiden el salto atentamente.
El hombre se le acerca atentamente,
se pone los guantes
y le toca atentamente la cabeza.
Y él mira todo atentamente,
con una atención
que no puede entender ni controlar.

6

Al comienzo veía los frascos, el armario
con el instrumental preciso,
la sonda, la silla en el rincón,
la mancha del techo.

Pero las cosas inmóviles pierden presencia,
no son percibidas,
terminan por desaparecer.
Ahora una mosca
vuela entre objetos invisibles.

Advierte el peligro
y ladra, cambia de postura,
desenfrena el impulso,
pero al fin se cansa:
somete los ojos, el aliento,
apaga las orejas.
Así, poco a poco, hasta desaparecer.

7

La mosca se alarma cuando él ladra,
y deja clara su protesta.
Alguien ocupa demasiado lugar,
se manifiesta en exceso,
impide al otro un domicilio.
Él mira los giros alterados,
oye el zumbido
y siente la solidaridad.
Uno ladra, otro vuela,
unidos ambos por el sobresalto.

8

Una palmada, gruñe;
dos palmadas, muerde al aire;
tres palmadas, segrega en el vacío;
y así pasa el día, oyendo el vínculo
que lo ata sin seducción,
el idioma urgente que lo alarma.

El silencio, en cambio, lo hace saltar,
correr, buscar la calle,
irrumpir como sea;
pero luego lo aturde,
le empasta el salto, la irrupción,
y sólo oye palmadas.
Entonces gruñe, muerde al aire,
segrega en el vacío.

9

Llueve,
el agua no lo deja en paz,
le implica la mirada, le moja
los testículos, la cobertura útil,
y le anima los pulmones
cuando ya no hay dudas de la inundación.

Después el viento le golpea la cara,
le orea el cuerpo, la memoria,
contribuye a no sentir cansancio
ni ganas de morir;
le llena el olfato de insistencias.

Por fin sale el sol
y sabe que ya nada lo excluye:
corre húmedo, ávido del viento
que lo ronda,
las cosas tienen peso, ejercen
formas de dispersión,
y se abalanza.

El hombre de blanco

le advierte que la prueba ha concluido,
le acaricia el lomo,
le calma la estridencia
y junta los restos de la combustión.

10

Apestando a perra,
pierde el control de su conducta.
Ya no le importa el hambre
ni los otros perros;
sólo el bramido del sexo
que lo obliga a moverse, girar
sobre la mesa,
apretar los testículos
como si sólo pudiera estar así,
aturdiendo a todo el mundo.

Luego controla la tensión,
el movimiento del cuerpo,
y mira al hombre de blanco:
siente piedad por él, su perra.

11

El azul desborda,
el rojo extiende la compulsión,
el verde se encrespa y cunde en la cabeza,
el amarillo llora
o no se deja expresar;
sólo el blanco sale por los ojos,
se distribuye,
ocupa el lugar de los objetos.

Los colores están en el cerebro,
golpean las paredes, pierden norma,
saltan,
organizan un esplendor.
Pero el blanco se orienta hacia afuera,
invade la pared, la silla,
la persona,
se aplasta en lo que ve
y deja inmóvil la habitación.

Después le inunda la mirada,
se instala en el cerebro
y le cierra los ojos.

12

Todo es blanco: la mesa,
el hombre que se acerca, la pared,
la bandeja en la silla,
la luz inmóvil sobre objetos y personas.
De todas partes le llega un desenlace:
no hay principio ni fin,
esto es la eternidad.

Después oye un ruido, una mano lo ata,
otra limpia la costra
con los cuidados del conjunto,
y acaba la impostura: la mesa es mesa,
el hombre hombre, la silla silla.
No es la eternidad
todo eso que rodea a la mesa
con un sentido provisoriamente oculto.

13

No sabe morir, pero es lo mismo.
Siente la raspadura
y piensa es la muerte.
La sospecha lo obliga a precaver,
lo vuelve astuto.

Circula sin emoción, buscando
sólo el alimento,
pero ¿qué hacer si las cosas pierden prodigio,
se achican
cuando se las ve de cerca,
y el hueso también se desmerece?
Inventa historias, hace planes
de huída, simula
un nuevo peso en los omóplatos;
pero no hay apuro: mañana
será el mismo día.

No sabe morir, no sabe
si va a morir, y se aproxima;
busca el hueso, la certeza,
amontonado como una cantidad.

14

Él conoce las señales:
la luna suelta lastre,
incendia los reflejos, predispone;
y un aviso sin escapatoria
se le asienta en la agitación,
lo desordena.

Todo apunta hacia él: la luz
que lo exhibe en la mesa,
los restos de comida como anuncios
de muerte,
la sonda, los detalles.
Y él responde al código secreto:
comienza a aullar.

Toda la noche aúlla; el cuello
una pura expectación,
las patas fijas
o escarbando la mesa, un pedazo
de tierra que lo acoja,
mientras los ojos presienten
un final aplastado sobre un orden menor,
el golpe de gracia.

Pero la luna apaga los reflejos,
las señales ceden
y el día no altera su continuidad.
El error está en él,
los restos de comida pierden riesgo,
los anuncios
tienen otro rumbo por ahora.

15

No hay camaradería en este cuarto apartado
de miradas, irrupciones súbitas
y hermanas de caridad.
Nadie pregunta por él, ni siquiera
por el perro anónimo que es.

El cerebro produce reflejos,
la saliva datos
que la naturaleza no suelta con facilidad,
la sangre se renueva y las células
dan noticias de un proceso acelerado,
otra prueba del orden mundial.
Mueve las patas, la cabeza;
pero el hombre no acepta el ojo
acumulado de conocimiento,
apaga la luz
y lo desvincula del resto.

16

La alegría y la tristeza pertenecen
al mundo sucesivo, no a él.
Nada cambia entre objetos ateridos;
ni siquiera el gruñido sirve de protesta
cuando han cerrado la ventana,
recogido el aire,
y la memoria no tiene porvenir.

Un orden inmóvil lo sujeta a la mesa,
programa el alimento, la flexión del cuerpo,
y ahuyenta la necesidad.
La secuencia no existe:
sólo hay acto en su órbita impedida.

17

El ojo vuelve a su propia esfera,
la boca lo abandona, la lengua
lame a su pesar,
las patas pisan donde él no está,
y la cabeza ladra o escucha desde afuera.
Hasta la memoria se aleja,
se confunde a propósito
o inventa un dueño que lo excluye.

Lo han dejado solo,
sin bordes que atestigüen por él.
Y aunque ladra, corre o aturde
con noticias,
gira sobre el eje, puro centro,
y no puede asomarse.

18

Camina por un cuarto que no es éste,
muerde un hueso que no existe,
se mira en el espejo, una irrupción de niebla,
y ladra sin exclamación
mientras corre hacia el mar, al campo arado.
Al fin, harto, deja la ficción,
ya sin el riesgo de sacar de los sueños
otra cosa que sueños.

Ahí están los frascos, las señales
en la pared, el pelo quemado.
El sueño no le dice la verdad,
tampoco le miente:
es quien mejor le cuenta su impostura.

19

Busca la salida, husmea,
encuentra un lenguaje polémico,
y no hay ningún error,
ninguna conclusión precipitada
cuando el cuarto se llena de ladridos,
expectativas y personas.

Pero la venda le cierra la mirada,
la puerta el paso,
y el eje, del que nada sabe,
pasa por él y lo aplasta,
tira hacia el centro,
el centro no resiste los pedazos,
sólo es reunión
y se disgrega.
Un giro en redondo,
y no hay ladridos, expectativas
ni personas.

20

Alguien que no es él
se esconde,
una mano lo roza aunque está solo,
oye palabras, sonidos sin representación;
una luz doméstica se apaga
en un cuarto fuera de lugar,
alguien llama, prende el fuego,
desordena la cama o la cocina.

El sabe que es engaño.
La luz pulida en los azulejos
es lo único que hay.
Está cerrada la puerta,
quieto el aire, las pinzas,
la amenaza del armario,
y nadie llega fuera de hora.

Sin embargo insiste,
reproduce un cuarto, un sillón
que no conoce, un ramo,
un marco elaborado con papeles azules
y árbol de Navidad.
Su obsesión no es más que un método,

su entusiasmo un reflejo previsible,
su casa un asentamiento ordenado en casa de otro.

21

¿En qué momento un lugar
se transforma en casa, la soledad
en vínculo,
las paredes en el refugio
donde la memoria embiste sin peligro?

No ve las rosas pero las imagina,
no imagina el sexo
pero siente su olor saliendo de las superficies,
no ve ni se imagina los calmantes.
El oxígeno, los líquidos,
lo aturden en alguna parte;
y no entiende por qué se ovilla en un rincón,
responsable como un feto.

Luego cruje la ventana,
y es el único dato comprobado.
Sabe que la soledad no vincula,
que el refugio impide,
y abandona la casa.
La casa, tan ávida de él,
de su disolución.

22

La tarde ocupa su pasatiempo afligido
y simula una nueva ordenación.
Un borde de la ciudad
le acerca el desacuerdo con lo que se mueve
o está quieto
y acumula tiempo exiguo:
otro día que no acaba de morir.

Ladrando sobre la mesa aséptica,
soltando baba en la humedad,
ordena los reflejos: también él
busca obstinadamente la continuidad de la especie.

23

Una baldosa es negra,
la otra blanca,
y el límite una línea
que no separa
ni une
sino que organiza la discontinuidad.

Sabe que quieren dividirlo:
que una pata, en la baldosa blanca,
no encuentre armonía con la otra
en la baldosa negra,
que pierda el pie
y no recuerde dónde, que el rastro
llegue hasta el borde y se disuelva,
que enloquezca de disolución
cuando las partes
tiren de él
y los cartílagos crujan
hasta quedar en silencio.

Entonces se ajusta,
comprime el sexo, pone en orden
la memoria, y cruza el límite:

se apropia del desplazamiento.

24

Le han enseñado a levantar la pata,
a mover la cabeza según la ley de gravedad,
a dejar la huella que corresponde al pie,
el eco al ladrido,
mientras la boca repite el mismo cuento
cuya virtud ignora.

Pero siempre hay algo fuera de programa:
el oído
que escucha aunque se cierre el ojo
o el tacto que incursiona
aunque la mano yazga en la mesa.

Así comienza la convulsión,
el beneficio de la duda
cuando el mandato ya no obtiene fe;
entonces ladra, modifica el sentido,
deja una huella sin dueño.
La necesidad irrumpe por exceso de pruebas.

25

Le han dicho que olvide,
que separe la mirada del ojo,
simplifique el hambre,
la quietud estricta,
y acepte lo que ve: el mundo
como es, no su apariencia.

Pero el ojo se le llena de mirada,
el sexo de rumor, la mano de gestos,
la necesidad de objetos que se mueven,
y no olvida;
acepta lo que ve: el mundo
como lo prueban las apariencias.
Oye el canto del pájaro,
la oferta de la verdulera, aprende
la canción que lo aturde
y soporta el estirón:
el cuerpo
no es solamente una imagen del cuerpo.
Y se incorpora.

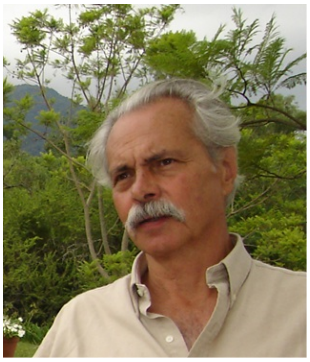
26

Un perro ladra detrás de la pared,
otro en la calle,
hace temblar la puerta, sacudida
con tanta excitación,
y otro saquea la intimidad
cuando no encuentra forma de manifestarse.
Él responde
y todos ladran a la vez.

El hombre de blanco escucha esos ladridos
necesitados de configuraciones,
de referencias palpables como piernas
o manos,
y no encuentra asistencia
cuando de todas partes lo buscan
y ladra la pared, el vecino,
y el instrumental lo rodea con su coro,
y el hijo le ladra, y la mujer
estalla entre sus brazos
como un ladrido en legítima defensa.
Entonces corre, quiere huir,
esconde la cabeza;
pero la cabeza también le ladra,

el mundo se llena de ladridos,
y nadie llega cuando él empieza a ladrar.

Madrid 1982-83



DATOS DEL AUTOR

Santiago Sylvester.
santiagosylvester@gmail.com

Santiago Sylvester. Poeta y narrador, nació en 1942, es abogado y residió durante algún tiempo en Madrid - España, donde dirigió la revista “Estaciones”.

En Salta publicó casi todos sus primeros libros: “En estos días” (1963); “El aire y su camino” (1966); “Esa frágil corona” (1971); “Palabra intencional” (1974).

Después de su regreso de la Madre Patria, comenzó otra etapa de su creación, formada por “La realidad provisoria” (1977); “Libro de viaje” (1982) y “Perro de laboratorio” (1987). Como narrador presentó su volumen de cuentos “La prima carnal” (Barcelona - 1986).

En poesía ha publicado: El aire y su camino, 1966; Esa frágil corona, 1971; Palabra intencional, 1974; La realidad provisoria, 1977; Libro de viaje, 1982; Perro de laboratorio, 1987; Entreacto, antología de la colección ICI-Quinro Centenario de Madrid, 1990; Escenarios, 1993; Café Bretaña, 1994; Antología poética, en la colección Poetas argentinos contemporáneos, del Fondo Nacional de las Artes, 1996; Número impar, 1998; El punto más lejano, 1999

Un nuevo libro de poemas es presentado en 1993, “Escenarios”. En ese año recibió el Premio Internacional de Poesías Gil de Biedma por “Café Bretaña”, que además mereció el Premio Nacional de Poesía. También obtuvo los galardones Premio Sixto Pondal Ríos -de la Dirección de Cultura de Salta- y del Fondo Nacional de las Artes en dos oportunidades.

En 1998 realizó una edición crítica de La tierra natal y Lo íntimo, de Juana Manuela Gorriti; en 2000 publicó El gozante, antología de Manuel J. Castilla, y, en 2003, la antología Poesía del noroeste argentino, Siglo XX.

Epub Validado: http://validator.idpf.org/

EPUB Validator (beta)
Results

Detected version: EPUB 2.0

Results: Congratulations! No problems were found in santiago_sylvester_perro_laboratorio.epub.

ibuk
Biblioteca de Poesía